Creaciones del cuerpo: del espacio al lugar

Francis García Collado

Creaciones del cuerpo. Del espacio al lugar. Dependiendo del ancho de nuestros horizontes o de lo próximas que sean las fronteras mentales de cada uno, el espacio puede ser una cosa u otra. Para unos el espacio puede significar el modesto habitáculo de un apartamento de 40 metros cuadrados. Para otros, el conjunto de astros rutilantes, satélites y galaxias. Porque para la autoridad lingüística, el espacio es el continente de todos los objetos que coexisten de manera genérica; o, en el nivel de lo singular, la parte que ocupa un objeto sensible.

En realidad, en tanto que receptáculo, el espacio nos sitúa frente a la mayor despersonalización: el espacio carece del filtro humano, está falto de interpretación o juicio, de manera que no guarda significación alguna para nadie. El espacio es la antesala del lugar. Para crear eso que llamamos "lugar" basta la concreción de la mirada humana que fusiona el espacio con su otro inseparable componente vital: el tiempo.

El lugar es eso: la fusión del espacio tiempo que fija una determinada persona. Así pues, el apartamento citado es un espacio sin más, hasta que un día, alguien lo habita y en ese momento deja de ser un espacio para empezar a ser su lugar. El espacio geográfico que ocupa Madrid difiere en grado sumo de lo que significa esta ciudad significa para quien ha vivido en ella, porque cuando el espacio nos devuelve la mirada, cuando lo concreto de nuestra vivencia se instala en él, entonces se convierte en un objeto, y en este devenir objeto, adquiere significado para el sujeto que lo asimila –como hemos dicho– ya no como espacio, sino como lugar.

Podríamos decir que una lengua en concreto es un espacio y una conversación un lugar (común). El lugar siempre alberga en su interior una parte de quien lo sustantiva, de aquel que lo hace lugar y no ya simple espacio. En efecto, en los espacios no se puede vivir, por eso pasamos la vida buscando como dice el título de la película de Adolfo Aristarain: *Un lugar en el mundo*. El mundo entendido como espacio es inabarcable y eso lo convierte en un paraje demasiado inhóspito.

Resulta curioso hasta que punto "un lugar" es una construcción humana, para ello nos basta fijar la vista en el espacio en que se exponen obras de arte para percatarse de una mágica cuestión. Como si el comisario de la sala se tratase de Dios frente al caos primigenio, un poderoso acto similar al *fiat lux* divino parece llevarse a cabo mediante la acción de sembrar de obras de arte el espacio de un edificio; ese toque humano transforma el espacio antes vacío en un lugar, en una sala de exposiciones. Así como también la calle pasa de lugar público por excelencia a improvisada sala de exposiciones con la obra de algunos artistas, ya sean las esculturas de Rodin que recientemente ocuparon un diminuto espacio de la Rambla de Catalunya de Barcelona o las, siempre en movimiento, vacas de colores de la *Cow Parade*.

Lo fantástico de los lugares es su esencia cambiante. Merced a los lazos afectivos que lo ligan a un espacio y tiempo determinado, un mismo espacio puede devenir refugio o prisión, así puede suceder con una comisaría en tiempos de paz o de guerra. Y es que, dado su grado de singularidad, los lugares tienen una paradójica esencia, son tan concretos, que en este mundo cambiante su realidad no es tan física como mental. Resulta que lo vívido de un lugar acostumbra a ser más fuerte en el recuerdo que en su propio espacio porque, como la magdalena de Proust, todo aquello que evoca el recuerdo crea lugares mentales, rígidos en apariencia, pero prestos a lo cambiante del sujeto que los creó. Así, por ejemplo Gaston Bachelard dedica un libro a la poética del espacio, dejando de lado la poética del lugar, puesto que el espacio, en su generalidad, siempre es común, mientras que el lugar es poesía, subjetividad pura con tendencia universalizadora y, como indica su etimología, la poesía es eso, poiesis, es decir, creación.

Esto hace que un mismo lugar pueda ser cientos de lugares al mismo tiempo. Mientras que un turista trasnochado recuerda haber desayunado un croissant en las escaleras del Panthéon, un grupo de estudiantes recuerda los seminarios impartidos por Lacan sobre Hegel en las mismas escaleras de tan ilustre *locus* parisiense. Los lugares son responsabilidad de uno mismo, en nuestras manos está el poder de guardar en un cajón libros o llaveros. Cada cual puede decidir si un trastero, un desván, un cofre o un altillo se convierten en un pasado presto a ser removido, como el inconsciente que un psicoanalista avezado desearía ordenar. O si por el contrario, los momentos que forman el pasado dan fe –como decía Borges– del hecho que el pasado es la sustancia de la que el tiempo está hecho.

Puesto que somos humanos, a nadie se le ocurriría negar que no hay lugar más grato y cómodo que el regazo de la persona amada, pero incluso lo más dulce se pudre con el tiempo, y los lugares más bellos puede que no cambien en su apariencia física y sin embargo pueden cambiar por un simple juego de paralaje, según el lugar desde donde miremos la escena. El recuerdo y la imaginación son nuestros grandes aliados, nuestros creadores y conservadores de lugares; y es bien sabido que quien busca un lugar idóneo, pasa su vida de espacio en espacio, porque los lugares, son golpes de efecto de nuestra mente juguetona y acabamos viendo lo que deseamos en el espacio que más nos conviene, como por ejemplo la quimera de un oasis en pleno desierto por el mero hecho de estar muertos de sed. Pero como le diríamos al ingenioso hidalgo Don Quijote:

—No son gigantes, no lo son, no son más que molinos.